

LA NÁUSEA

Porquoi je vais mourir en este paísito merde? ¿Por qué coños se quedó encerrada como rata en este hoyo cuando la Resistencia le ordenó volver a la montaña? La náusea. La muerte. La náusea. El vómito se le atraganta en el esófago, en la faringe, en la laringe; le sube hasta la boca y vuelve a tragárselo. Varios días ha pugnado por salir. Desde que apareció el cadáver cercenado. La náusea. Tan lejos de la Rue Cambronne, tan lejos de París, metida en este asqueroso cuarto que tiene rodeado la policía. Desde que iniciaron el cerco los escuchó. Pudo huir pero no lo hizo. ¿Para qué? Si al final iba a ser lo mismo. La náusea y la imagen, que se repite en su cerebro una y otra vez, de su cuerpo descuartizado, deshecho, desperdigado a los cuatro puntos cardinales.

La mujer rubia aprieta los ojos para impedir que se llenen de lágrimas, aprieta los labios para evitar que salga el vómito, aprieta con fuerza

entre sus manos la Mágnum Parabellum, aprieta las nalgas para que el vientre deje de temblar, aprieta con el pie, contra el suelo, con furia, un periódico sucio y arrugado en cuya portada se lee a ocho columnas “El faccioso Camilo Sánchez fue capturado por las fuerzas de seguridad”. A su alrededor, en la habitación hedionda a su olor animal, los periódicos están desperdigados por todos lados. En otro se lee “El embajador de los Estados Unidos fue asesinado cuando un grupo de guerrilleros intentó secuestrarlo”. Jala el periódico con el pie para verlo mejor “cuando el embajador estadounidense intentó resistirse al grupo armado que había interceptado con lujo de fuerza su vehículo, fue ametrallado con saña”. Aprieta la Parabellum con furia. Ella fue la primera que disparó.

¿Por qué se decidió esa acción tan arriesgada? Desde el principio le pareció suicida intentar ese canje. Pero no quedaba otra salida; fue una carrera desesperada, una locura contra el tiempo, pero nadie propuso una mejor solución. Nadie pudo pensar con claridad. Había que actuar con rapidez para salvar al comandante. Cuando el Gato opinó /hay que secuestrar al embajador gringo y cambiarlo por Camilo/, ella fue la primera que estuvo de acuerdo. Cualquier cosa era válida, incluso la más absurda, para evitar que lo hicieran pedazos, que los testículos que ella había besado con ternura aparecieran trozados en medio de los caminos.

Afuera, alrededor del cuartucho, se atisbaban murmullos, pasos furtivos, armas que se ac-

cionan. Los dientes de la muchacha castañean, se inclina delante de otro periódico y lo voltea con el cañón del arma, lee entre dientes “el asesino y faccioso Camilo Sánchez ha desaparecido, según versiones que se han filtrado de las organizaciones subversivas”. Patea con furia el montón de papeles. Descubre otro que no relee “el cadáver fue encontrado en estado de putrefacción. Informó el forense que el occiso tenía señales de torturas practicadas antes de su fallecimiento. Aun cuando se intentó ocultar la información, nuestros reporteros lograron averiguar que al cadáver le habían sido cercenados los testículos, la mano izquierda y vaciado los ojos; los dedos de la mano derecha carecían de uñas”. Alrededor de esas líneas unas manchas reseca-

Quando era niña la Rue Cambronne siempre estaba sucia, como este asqueroso cuartucho. Jugaba entre la suciedad. Entonces no le importaba. Se deslizaba por aquel inmenso patio adoquinado alrededor del cual estaban los edificios de apartamentos. Para ocultarse de los muchachos que se burlaban de ella, buscaba los escondites más adecuados, siempre distantes a las entradas que daban a las calles Cambronne y Lecourbe. Luego, cuando joven encontró un cuartito limpio por la Madeleine. Lo único que no le gustaba era el desfile de putas que rondaba por el lugar. Pero ahí, sola, y quizá feliz, dio en pensar en que la muerte es tranquila, que llega cuando uno menos la espera, sin avisar, y que se debe esperar con resignación pensando que hay que prepararse a bien morir. Pero ahora sabe que nada de

eso importa, que no sirve de nada prepararse, que de cualquier manera la muerte va a llegar arrasando lo mucho o lo poco que quede de vida, y que pase lo que pase va a pasar a pesar de uno, aunque lo que venga sea violento. Mejor si la acribillan pronto y deja de pensar y sentir y destrozan su cuerpo y lo lanzan al viento. Mejor si muere matando y acribilla con su arma a dos o tres de ellos antes de sentir el ardor de los tiros en su cuerpo. Los adivina torvos y desalmados, los siente sudorosos y hediondos, sabe que están del otro lado de la pared y que ya no hay ninguna posibilidad de salvación. Ni la quiere. Ya no quiere saber nada de la vida. Por un instante resuena en algún lugar de su cerebro el Introitus del Réquiem de Mozart y luego percibe que se le cierran la garganta y la mente. Sólo espera, desea, casi anhela que entren pronto. Al primero lo va a destrozar, aun lo va a mirar revolcándose, desangrándose entre la suciedad de este inmundo cuartucho. Como se arrastraba ella entre la inmundicia, escondiéndose detrás de los botes de basura que estaban apilados en el pasaje Laurent y sentía que habían copado las dos salidas que desembocaban en las calles Cambronne y Lecourbe. Cuando se sabía acorralada por sus compañeros de juego el sudor le escurría entre las piernas, arriba de su labio superior; la lengua se le ponía reseca, pastosa, y las manos le temblaban. Entonces agarraba con furia lo que tenía a su alcance, un bote de basura o una tapadera de metal, y salía dando alaridos con una violencia incontrolable para saltar el cerco, para rom-